

vio á V. original por el respeto que atestigua á los padres Benedictinos, era en lo que cabe, atendida la diferencia de pueblos, análoga á la que hizo mientras estuvimos juntos. Fué, vivió y volvió con mi hermano, y ¡cosa que prueba lo simpático de su carácter! no obstante que las dos pasiones dominantes de éste, la de los debates forenses y la de la música, no estaban en relacion con los gustos suyos, el mismo apego le tomó á él que á mí.

“Aquí termino la verídica esposicion de lo observado por mí durante el periodo sobre el cual V. me pregunta, en el hombre que hemos perdido. Nadie podrá decir á vista de ella que el Balmes privado desimiente ni rebaja en cosa alguna al Balmes público. Le acredita y enaltece, por el contrario, mas y mas. Nada autoriza tanto las palabras del que predica la virtud, como el ver que él mismo la practica; ni nunca un hombre distinguido parece mas grande, que cuando despues de haberse hecho superior á los demas, se hace superior á sí mismo. En este caso se encontró el presbítero D. Jaime Balmes. Defendia en público las eternas reglas de la justicia y de la razon con la sabiduría de un Séneca, y luego las observaba privadamente con la austeridad de un Catón; habíase hecho célebrísimo por juntarse en él la erudicion al talento, y la laboriosidad al talento y á la erudicion, y luego huía del público aplauso, cuyo deseo es la flaqueza ordinaria de los hombres célebres. Su porte era en todo tan sincero como moderado. Si vestia modestamente, no se le podia decir como al filósofo griego: *por los agujeros de tu túnica estoy viendo tu soberbia*, sino que por el contrario, procuraba no llamar en nada la atencion; si se retiraba de las grandes ciudades, no era *para que se le viese mejor*, como del de Montmorenci ha dicho Lacrosette, sino para descansar en el seno de una intimidad honesta, y estarse orando ante los pobres altares de alguna iglesia solitaria; si hacia viages por su país ó por el extranjero, no llevaba detras, como el enciclopedista, un criado que revelase á las gentes quién era el incógnito que pasaba, sino que empeñado siempre en oscurecerse, sufría una verdadera mortificacion cuando se veia descubierto.

aquí 30 ó 40 leguas, no me resuelvo. De todos modos estoy contento de que la obra haya pasado á manos de tales traductores, que reúnen al saber la conciencia.

Va sabrá V. que esta congregacion va distinguiéndose en Francia, y adquiriendo una reputacion cual corresponde á los sucesores de los antiguos Benedictinos. Tienen tambien la idea de traducir la *Filosofía elemental*, y aun de publicar una coleccion completa de mis obras filosóficas. Si V. creyese conveniente indicar estos hechos en la *Esperanza*, de aquel modo fino y de buen gusto con que V. sabe hacerlo, le quedaria á V. agradecido. No se puede suponer que yo tome ninguna parte en la obra, porque no es verdad. —Su señor hermano de V. bueno y contento, y me encarga que salude á V. y á toda la familia. Adádale V. á todos la expresion de mis respetos, y disponga de su amigo.—*Jaime Balmes*, presbítero.

Privadas ó públicas, en una palabra, nunca sus acciones podian confundirse con las del mero sábio que solo atiende á un mundo á quien conoce puede ocultarse ó deslumbrar: llevaban constantemente el sello del sábio cristiano, que se considera siempre en presencia de un juez que no puede ser engañado.

“Algunos, echando menos en el Dr. Balmes ese esterior almbarrado, esa profusion de cumplimientos hoy tan comunes en el comercio social, pensaron haber visto en él cierta altivez impropia de su clase. Es verdad que aun prescindiendo del seco femenino, cuya comunicacion parecia en general esquivar por regla de conciencia, su trato ofrecia al principio alguna aspereza; pero esto, mas bien que de orgulloso desdén, venia de cortedad: hermoso defecto, que no sé si es Larochevoucauld quien asegura nos hace frecuentemente parecer descorteses. Puedo decir haber percibido que mi amigo se hallaba medio cortado cuando celebraba la misa delante de mucha gente.

“No es menos satisfactoria la explicacion que tiene aquella esterior impassibilidad, por la cual hubo tal vez quienes le tacharon de poco afectuoso. El presbítero Balmes puso en sus últimos años su principal estudio en dominarse, y la expresion del cariño era tanto mas natural que tratara de moderarla, cuanto mas frecuentemente suele haber en ella afectacion, que era lo que á su carácter repugnaba.

“Pero lo que de todo punto carece de fundamento, es que D. Jaime Balmes propendiese á la avaricia, como acaso ha pensado alguno. Era, por el contrario, profuso; y esto es tan positivo, que cuantas veces se encargó él durante nuestro viage de los gastos comunes, otras tantas hubo de pesarme, habiéndosele declarado por último en nuestros consejos tan poco apto para la cartera de hacienda como yo, que estoy por cierto muy lejos de pasar por económico.

“El presbítero Balmes, sin embargo, era hombre, y como hombre no podia hallarse totalmente esento de imperfecciones. Inclínabase á escoger tesis difíciles, lo cual en alguna ocasion le hizo parecer sofisticó; tenia bastante dificultad (me refiero á mi época) para dejar los dictámenes que una vez defendia, lo cual le dió en alguno que otro caso aire de porfiado. Pero reconozcámoslo aún en honor suyo: ni en cuanto á lo primero puede dejar de disculparle lo esuberante de sus fuerzas, que las tesis ordinarias no bastaban á ocupar; ni, cesando siempre su porfia desde el momento que se presentaba á sus ojos como infraccion de un deber, llegó nunca lo segundo á constituir verdadera falta. ¡Dichoso el mortal privi-

legiado á quien al través de un rarísimo cúmulo de eminentes cualidades, solo se le pudieron percibir tan contadas y tan disculpables imperfecciones!

“Saluda á V. con toda la consideracion su apasionado amigo y seguro servidor Q. B. S. M.

“Madrid, 16 de Octubre de 1848.—*Pedro de la Hoz.*”

Balmes regresó á Madrid el día 18 de Octubre de 1847. Algunos amigos suyos quisieron comprarle todas sus obras. Estamos perfectamente enterados de los incidentes del proyecto, que no se efectuó por motivos cuya esplicacion es agena de nuestro objeto, y carece por otra parte de interés histórico.

El periodo mas difícil y embarazoso para un imparcial cronista de Balmes, periodo que ojalá pudiera borrarse de la vida de este grande hombre, llega ya. Un biógrafo ha dicho: “Hay ciertos incidentes en la carrera de algunos varones ilustres, que afligen al narrador y le hacen soltar la pluma de la mano. Deberian cubrirse con un velo, ya que no sea posible callarlos ó apartarlos de la memoria de los contemporáneos.” Al rogar á nuestros lectores que compadeczan la situacion del cronista, nos permitirán referir los antecedentes del periodo á que aludimos.

En la *Gaceta* de Madrid de 27 de Junio de 1846 se leia la noticia siguiente: “El día 16 ha tenido lugar la eleccion de Sumo Pontífice, recayendo en el Emmo. cardenal arzobispo de Imola, Juan María Mastay Ferretti, natural de Sinigaglia, de edad de 54 años. El nuevo Papa ha tomado el nombre de Pio IX.” El día 8 de Julio decia Balmes en el *Pensamiento de la Nación*: “La muerte del Sumo Pontífice Gregorio XVI ha causado en el mundo católico profunda y dolorosa sensacion. Sin desconocer lo grave y peligroso del acontecimiento y lo escusable de los tristes pronósticos, diremos ingenuamente que jamas hemos creido que la muerte del Pontífice produjese grandes cambios en las relaciones de la Santa Sede con la política europea, ni tampoco que los Estados de la Iglesia hubiesen de sentir inmediatamente los efectos de este suceso deplorable. Inferimos que la conducta de la corte de Roma en el tiempo presente es la que debe ser, y que dista mucho de ser susceptible de las modificaciones que algunos se figuran, y que se procederá en el pontificado de Pio IX como se ha procedido en el de Gregorio XVI. Segun todas las noticias, el nuevo Pontífice es hombre de cualidades relevantes, y sobre todo, se distingue por la principal, que en el pontificado vale por muchas y no se reemplaza por ninguna otra; una virtud eminente. Esperamos que en el gobierno de la Iglesia no será menos atinado y feliz que su antecesor Gregorio XVI.”

A su regreso de Paris el pensamiento dominante, la conversacion favorita de Balmes era Pio IX. Los elogios que oyó en Francia de las cualidades del Pontífice; el ferviente entusiasmo, las aclamaciones estrepitosas que resonaban por do quiera; los preludios de una época nueva inaugurada por un Pontífice nuevo; la *amnistía*, la *alocucion*, la *enciclica*, todo contribuyó á excitar la ardiente fantasia del docto presbítero para escribir ese opúsculo preságo siniestro de las amarguras, de las graves pesadumbres que espermentó su autor.

Dos clases de amigos ó de conocidos tenia en Madrid. Eran los unos admiradores ciegos, entusiastas respetuosos, idólatras reverentes del sábio á quien llamaban su oráculo. Estos componian el partido llamado *Balmista*. Eran los otros admiradores tambien, idólatras y entusiastas del escritor catalán; pero no llevaban la admiracion, el entusiasmo y la idolatría hasta el punto que los primeros; no juraban *in verba magistri*, como suele decirse en casos análogos. Aquellos, en el momento de saber que trataba de publicar la apología de Pio IX, le alentaron y hasta anticiparon las felicitaciones; estos, por el contrario, le aconsejaron que esperase los acontecimientos. Creemos que á nadie enseñó el manuscrito: en Barcelona ó en Vich no hubiera sucedido otro tanto. Nos consta que dos amigos cuyo voto respetaba, le rogaron que protogase un mes siquiera la publicacion. “No puede ser,” contestó el autor. Vimosle tambien nosotros en el zaguan de la imprenta de D. Eusebio Aguado.—Hola, paisano, nos dijo en dialecto catalán: ¿viene V. á hacer una nueva edición de su *Cabrera*?

No, señor.

Mandaré á V. un ejemplar de mi *Pío IX*, que le guardo.

Mil gracias, D. Jaime; y aunque lo he comprado y leído con avidez, admito el presente.

¿Conque lo ha leído V., eh? Y ¿qué tal?

En cuanto á las formas, magnífico; pero....

Ya adivino ese *pero*. ¿Es V. tambien de los preocupados, y de los que me dicen que *alquando bonus dormitat Balmes*? Pues amigo, si sueño, sueño despierto.

Poco vale mi voto, paisano mio; sin embargo, yo en lugar de V. no me hubiese dado tanta prisa.

¿Qué quiere V. que le diga! He escrito bajo la inspiracion de mi conciencia, y es para mí sagrada la voz de la conciencia. Siempre obro así.

Hablamos un momento de su viage á Francia y de cosas de nuestro pais, y nos despedimos.

Recordará el lector cuán varias y opuestas calificaciones mereció el opúsculo *Pío IX*. Apoderóse de él la opinión pública, llamada por Villers "nube que á veces lanza rayos:" esos rayos cayeron ahora sobre el apologista del nuevo Pontífice. Difundióse un rumor sordo, que fué tomando incremento y autorizacion á medida que los sucesos de Italia se complicaban: las apologías del opúsculo provocaron refutaciones; disputábase por ambas partes con calor y hasta con ira; reuníanse antecedentes, no solo del *escritor*, sino del *hombre*, y al fin cayeron el *hombre* y el *escritor* bajo el dominio poderoso de la prensa. Veamos los fundamentos de aquel rumor, y despues analizaremos las inculpaciones de la prensa.

Decían los émulos de Balmes: "¿Por qué arrojas ese folleto en unas circunstancias políticas tan azarosas? Tú, que siempre has escrito con tanta cordura; tú, que invocas los hechos presentes para vaticinar los futuros; tú, que posees una lógica tan irresistible, un juicio tan aventajado, un talento de observacion tan asombroso; tú, que conoces el estado actual de Europa y la historia de todos los pontificados; tú, que que has dicho que la muerte de Gregorio XVI no causará grandes cambios, ni los Estados de la Iglesia sentirán inmediatamente los efectos de este suceso deplorable; tú, que sabes las tendencias revolucionarias y los doctrinas modernas sobre religion y sobre gobierno; tú, en fin, que has escrito tantos libros y hablado con acierto de todo y para todos, ¿cómo desmientes tu nombre y tus antecedentes, y echas un borrón sobre tu fama, y haces olvidar en un día y por medio de un folleto de 93 páginas todas tus obras y todos tus merecimientos? ¿No ves los fulgores del relámpago precursor del trueno, y las nubes preñadas de tempestades? ¿No observas que cada dia llegan noticias del estado espantoso de la ciudad santa, de las exigencias revolucionarias, de los conflictos del Pontífice, de la situacion de Italia, de las complicaciones de Europa? ¿Estás ciego, Balmes? ¿Te has vuelto ambicioso y quieres ser *Cardenal* adulando á Pío IX? ¿Te has pervertido durante tu último viage á Francia, y pretendes ser el *Lamennais* español?"

Tales eran en compendio los principales argumentos contra el autor del *Pío IX*; y prescindiendo nosotros de su fuerza ó de su nulidad, de su escageracion ó de su certeza, diremos que llevaron el convencimiento á los ánimos de una inmensa mayoría. Esta es la verdad. Gran parte del clero español rechaza desde entonces al publicista objeto poco antes de su culto; muchos individuos de un partido político abandonan á su oráculo; innumerables personas comparecen al escritor. Dividióse en parcialidades el ejército *Bal-*

*mista*: la pericia del caudillo se puso en duda; su fama hizo crisis; quedó herida la reputacion del sábio; no hubo para él indulgencia ni piedad. Balmes debía pagar, como todos los hombres grandes, un tributo á la calumnia y á la envidia. ¡Ojalá que despues de su muerte no se mantengan firmes al lado del sepulcro! Decimos que pagó un tributo á la calumnia y á la envidia, para hacer distincion entre los amigos leales y sinceros de Balmes que reprobaban su pensamiento como *inoportuno* y nada mas, y los émulos desapiadados y malignos que le ofendian hasta compararle con *Lamennais*. ¡Balmes *Lamennais*! ¡Balmes *Cardenal* en premio de una apostasia! Dolor y hasta indignacion nos causa el recordarlo.

El folleto *Pío IX*, considerado literariamente, es un modelo de elegancia y de sublimidad, un repertorio de todo género de erudicion. Su autor no necesitaba mas para probar que era sábio, filólogo, historiador y poeta. Como si hubiese conocido que aquel era su canto de muerte, su despedida del mundo, agotó todos los tesoros de la imaginacion, puso en evidencia todas las dotes del entendimiento, desplegó todos los recursos del ingenio. Ecesinado políticamente, merece el *Pío IX* una calificacion menos lisonjera, porque los hechos y las realidades de hoy se levantan para desmentir los vaticinios y hasta las conjeturas de ayer. Los impugnadores y los émulos de Balmes pudieran añadir (si fuesen menos generosos) un sangriento apéndice á sus diatribas. Triste coincidencia es la de vernos precisados á narrar este periodo de la vida de Balmes cuando nuestro espíritu está acongojado y poseido de dolorosas impresiones. Pío IX fugitivo de Roma; Pío IX privado del poder temporal por ese mismo pueblo á quien colmó de beneficios; Pío IX objeto de las plegarias de todo el mundo cristiano, y España (\*) elevando sus votos al Altísimo para implorar sus piedad sobre las aficciones de la Iglesia y por la conservacion y consuelo del vicario de Jesucristo... Al contemplar estos sucesos, precusores de otros que tal vez tiene señalados la mano del Omnipotente, y compararlos con las predicciones de Balmes, creemos que tienen razon algunos de sus amigos que nos han dicho: "Si hoy viviese el autor del *Pío IX*, quisiera morir; si resucitase, desearia volverse á la tumba."

Las insensatas y malignas propalaciones de que Balmes al dar

(\*) "Real decreto.—Conforme con el parecer de mi Consejo de Ministros, vengo en decretar que en todas las iglesias de los dominios de España se hagan rogativas públicas durante tres dias consecutivos, con asistencia de todo el clero, autoridades y corporaciones, previa invitacion á los fieles, á fin de implorar los auxilios del Altísimo para que tengan feliz y pronto término las necesidades de la Iglesia católica y las tribulaciones de su pastor universal.—Dado en Palacio á 4 de Diciembre de 1848.—*Edic. rubricada por la real mano.*—El ministro de Gracia y Justicia, *Lorenzo Arrazola*."

á luz su opúsculo hacia un memorial para obtener el capelo, y que las doctrinas del *Pío IX* le darian el infausto renombre de *Lamen-nais español*, coincidieron con el anuncio de dos impugnaciones (\*) que han obtenido bastante celebridad. La primera ha sido generalmente calificada de poco circumspecta, y hasta de ineivil y chocarrera, dirigiéndose como se dirige á un escritor tan respetable, y sobre todo, aludiendo como alude á un Pontífice. Estamos casi seguros de que el anónimo autor no la considera hoy digna ni de su pluma ni de su nombre; creemos que la modificaria suprimiendo las sátiras inconvenientes, las personalidades descompuestas, que lastiman en vez de aleccionar, y escasperan en vez de corregir. Rogamos al anónimo, quien quiera que sea, que no se ofenda. Puesta la mano sobre su corazon, verá que lejos de escaserar atenüamos la voz del público criterio. Hasta los émulos mas escaltados, hasta los enemigos (si alguno tenia) de Balmes, conocen que la *crítica* considerada en el fondo y en la forma, no se eleva á la colosal altura del objeto y de las personas contra quienes se dirige; añadiremos, sin embargo, en prueba de nuestra imparcialidad, que contiene mucha doctrina y algunos argumentos de difícil, si no de imposible solución. Verdad es que el autor podia recorrer un campo vastísimo; los materiales se le venian á la mano; los hechos hablaban; la armería estaba provista de todas armas; el terreno de la batalla era favorable al caudillo agresor. Pero en cambio, qué destemplanza, qué irreverencia, qué falta de dignidad observamos en estos pasajes! «La biografía ó historia de la vida del Cardenal Mastay antes de su elevacion al pontificado, está reducida á decir, que cuando jóven quiso ser militar, inclinacion tan comun á los estudiantes como contraria á los deseos y esperanzas de los padres de ideas ultramontanas; que á la edad acostumbrada se ordenó de sacerdote; que fué canónigo de una iglesia subalterna; que fué capellan ó rector de un hospicio; que fué á las misiones de América; que á su vuelta, por sus virtudes y piedad, y por ser de una familia ilustre y noble de Italia, le nombró Leon XII Obispo de Espoleto y despues de Imola, y Gregorio XVI le hizo Cardenal. En esta parte biográfica del Cardenal Mastay nada se encuentra de notable, ni que le haya dado nombradía hasta su repentina elevacion al pontificado.»—Nos alegramos mucho de las virtudes que tanto decoran á nuestro venerable Pontífice; y deseamos saber si se acuerda y tiene siempre

(\*) Crítica del folleto Pío IX. (Anónimo.) Madrid, 1848, imprenta de D. T. Aguado, calle de la Encarnación, número 17.

Reflexiones sobre los escritos del presbítero D. Jaime Balmes, por D. Tomás Mateo, doctor en jurisprudencia. Madrid, 1848, en la misma imprenta de D. T. Aguado.

presente aquello del salmo de David: *Si mei non fuerint dominati, &c.*, para disipar habladurias de gentes que todo lo quieren saber.»

—“Concesiones . . . los Pontífices hasta ahora no acostumbraban conceder mas que indulgencias. Si Pío IX se metió á conceder turrones y jaleas, ya tiene por lo menos la pelotera de los muchachos en casa, como no sea la perdición. Las mas de las concesiones de Pío IX, como son á medias y las medias son buenas para las piernas, le pusieron mal con todos; y todos le ladrán como perros, unos por ser poco y los otros por ser mucho.”

¿Es conforme este lenguaje á los preceptos de la sana crítica? ¿Es propio de un español católico? ¿Es digno del Aristarco? Si habla con tanta irreverencia del jefe supremo de la Iglesia, del vicario de Jesucristo en la tierra, ya no se extrañarán los términos que emplea refiriéndose al escritor, al mero sacerdote.

“El Sr. Balmes (dice), no encontrando las diferencias de la situacion de Pío IX de la de otros países en cosas de la tierra, ó de por aquí abajo, se nos escapa á las nubes y á los cielos á buscar las diferencias, en lo que parece que mas intenta formar un pronóstico ó calendario de lo que puede suceder á Pío IX, que su apología. Y eso de meterse á astrólogo y empírico sin necesidad, es propio de embaucadores y saca-dinero, y no de hombres netos y propiamente sábios . . . Y concluyo este párrafo con la siguiente letrilla:

“Cuando la perdiz canta  
Y el arco bebe,  
No hay mayor semejanza  
Que cuando llueve.”

“Confiesa el Sr. Balmes que las naciones mas ricas y poderosas del globo son la Rusia y los Estados Unidos . . . ¿Y por qué lo son? Segun Balmes y sus encomiadores de gran publicista y político, debian ser las naciones mas oscuras, pobres y perdidas, porque la una es absolutista neta y la otra republicana pura; dos sistemas políticos que echan por el lodo nuestros románticos propagandistas, y dos sistemas que anublan y horripilan á los majetones y turrones: ya se ve; cada uno quiere lo que tiene cuenta. Esto lo encuentro yo en contradiccion con el entusiasmo que desarrolla el mismo Balmes en este párrafo, diciendo: que la Francia es el *non plus ultra* de todas las naciones en ilustracion y comercio (eso poco á poco), y la encargada del papel de propaganda . . . Amigo, donde hablan hechos callan picos.

“La pasión por un torron  
No debe privar la razón.”

Omitimos otros párrafos tan notables en su género como los precedentes. He aquí la conclusion del folleto: "El genio del mal no prevalecerá contra la nave de San Pedro: *portæ inferi non pravelebunt adversus eam.*"

El crítico que así nos muestra sus relevantes dotes como prosador y como poeta, tuvo la modestia de cubrirse con el velo del anónimo.

Las *Reflexiones* de D. Tomás Mateo pertenecen á otro género, y no traspasan los límites del decoro ni de la templanza. Para demostrar los contra-principios atribuidos al autor del *Protestantismo* y del *Pío IX*, se hacen objeciones *ad hominem*, argumentos *per te*; se raciocina con destreza; se controvierte con fuerza lógica; y despues de probar "que existe una verdad social fija, constante y universal, como universal y constante es el carácter del hombre en todas épocas y lugares, y sobre cuya idea y distintivo moral deben basarse todas las constituciones," escamina si las teorías de Balmes se conforman con este principio; considera á Pío IX colocado entre las escigencias del siglo, y refuta al apologista con abundancia de escelentes razones, "inclinándose á que la oscuridad, si no contradicción de doctrinas de Balmes, pueden ser corolarios de la opinion con que fija el origen del poder civil; y que aunque fuese cierto que la fuerza de los gobiernos nace de la sociedad ó de la marcha de ideas dominantes del siglo, la prudencia aconseja un escámen profundo para calificar su bondad ó malicia, para convencerse de su utilidad y perjuicios. Los pueblos disputarian poco sobre la preferencia de sistemas políticos, ni quizás por los nombres de gobiernos y gobernantes, siempre que obtuviesen como obtendrían un estado de orden benéfico, justo, progresivo y duradero; y nosotros creemos que estos y no otros son los atributos de las leyes fundamentales del orden social, las verdaderas guías que deben conducir á los publicistas á su profundo escámen; y que cuando los pueblos se commueven, es efecto de que los gobernantes han hollado, no la opinion pasajera del siglo, si es la constante de todos los siglos, con el abuso de su autoridad y relajacion de aquellas leyes."

La crítica fué contestada por un folleto (\*) que empieza así: "No voy á defender á un hombre (á Balmes): al fuerte suele embarazarle el apoyo de un débil. ¿Qué le resta que decir á la razon en esta contienda? Nada; que la razon todo lo ha dicho, y lo ha dicho bien. . . El alma de las doctrinas monárquicas es la unidad, y basta que los sentimientos se erean heridos para que haya alarma y se avive la vigilancia. Los sistemas liberales tienen muchos principios: si

(\*) *Balmes y su crítica, ó raciocinios y sentimientos*.—Segovia, imprenta de D. T. Baeza, 1848. Su autor, segun el *Católico*, número 2997, es D. Manuel Martínez, presbitero.

uno de ellos es herido, se recurre á otro: en las doctrinas monárquicas si la unidad se rompe todo se ha perdido: quien solo tiene una vida, natural es que sea muy solícito para guardarla. Solo así se concibe cómo el folleto titulado *Pío IX* ha encontrado una decorosa desaprobacion en el periódico justamente acreditado la *Esperanza*, y cómo dos escritores profundamente religiosos y monárquicos se han presentado á combatirle con arrojo. El venerable Pío IX apareció como reformador; los revolucionarios quisieron alentarse y entonaron himnos de alegría; algunos monárquicos desalentaron; y aunque la fuerza de sus principios les contuvo en actitud respetuosa, los sentimientos predominaron, y alguna vez se permitieron ayes plañideros y quejas dolorosas. El Sr. Balmes vió que las opiniones llevaban camino de estraviarse en uno y otro sentido, é intentó contener la alegría revolucionaria y alentar á los que entre los monárquicos hubiesen descorazonado; y rechazó el cargo injusto de connivencia con la revolucion, que precipitadamente se permitieron algunos hacer al rey de Roma, y al que es vicario de Jesucristo sobre la tierra. El Sr. Balmes no podia realizar su plan cumplidamente encerrándose en el relato de los actos gubernativos del venerable Pontífice. . . . era necesario echar una ojeada sobre la Europa entera, y entrar en consideraciones sociales, filosóficas y políticas; su grande penetracion y la elevacion de su espíritu le hicieron combinar el orden recto é inflexible de las ideas y de la verdad con el orden variable y no siempre ordenado de los hechos y de la realidad: por una parte vió, como siempre habia visto en las doctrinas monárquicas, la salud y la salvacion de la Europa; mas por otra encontró una gran parte de mundo obstinada en rechazar, ó por lo menos queriendo modificar en la práctica los principios tutelares de la sociedad. La viveza con que el escritor ha espuesto el estado de las cosas tal cual él le ha visto, ha dado á sus palabras la siguiente significacion con respecto á los monárquicos: vuestras doctrinas son las buenas; pero es una necesidad el resignarse á la fuerza de los hechos, que en unos paises no permite la aplicacion completa de estas doctrinas, y en otros obliga á concesiones y modificaciones que, sin alterar los principios, enervan su accion saludable. Esta nueva, para quien la ignoraba ó se esforzaba en desconocerla, ha sido desagradable; los sentimientos se han desentendido de la razon; y el eco mas vigoroso de los sentimientos heridos se halla en un escrito que tiene por título *Crítica del folleto Pío IX.*"

El Sr. Martínez transcribe y analiza los párrafos del *Pío IX* censurados por el anónimo, ofreciendo antes probar que la crítica "no

es mas que el lenguaje del sentimiento; que ella confirma muchas verdades de las emitidas en el folleto *Pio IX*, sin que deshaga ni invalide uno solo de sus racionios." Reconocemos nuestra incompetencia para decidir si el autor realizó este propósito; es sin embargo indudable que dió señaladas muestras de su entrañable adhesion á las doctrinas y á la persona de Balmes, de su recto juicio, de su ingenio no vulgar, y de otras dotes que raras veces sobresalen en este género de escritos. El Sr. Martinez defendió la causa del apologista de Pio IX con maestría, dignidad y templanza.

Las *reflexiones* del Dr. Mateo é incidentalmente la *critica*, refutáronse tambien por otro escritor. Movido D. Pascual García Cabellos (\*) "de la gratitud para con el grande hombre que hoy tan justamente ocupa con sus luminosas obras la atencion de la Europa culta, tomó la pluma para vindicar las doctrinas del célebre publicista impugnadas en las *reflexiones* y en la *critica*. La base fundamental de los principios políticos de Balmes cree que está consignada en estas palabras: No destruir cuanto la revolucion ha levantado, ni levantar cuanto la revolucion ha destruido."

El Sr. Cabellos vindica al autor del *Pio IX* de los cargos que formuló D. Tomás Mateo, y "distingue en tres épocas las obras censuradas, fijando ligeramente la atencion en cada una de ellas," y al hablar del *Pio IX* añade: "Las circunstancias escepcionales en que la Europa se encontraba, y con especialidad la Italia, donde sucesos desagradables habian tenido lugar pocos dias antes al fallecimiento del gran Gregorio XVI, hacia que estuviesen los políticos en expectativa de la marcha que adoptaria el soberano de los Estados pontificios. No tardaron en saberlo: la marcha política de Pio IX es diversa de la de su sábio predecesor. . . . Se anhela saber la opinion de algun hombre superior que descubriese la incógnita que al parecer se presentaba, y las miradas de todos se fijaban en Balmes. Con efecto, Balmes publica su *Pio IX*, y la sencillez y conviccion de sus racionios, y la elocuencia que siempre distingue á sus producciones, causan su maravilloso efecto. Aquellos que profesan ideas mas avanzadas en política, vacilan, dudan, retroceden al ver las incontestables observaciones del filósofo profundo sobre la política del Pontífice; los tímidos cobran aliento; y todos admiran al genio del siglo XIX, al autor del *Pio IX*." El Sr. Cabellos ha procurado llenar "los deberes del agradecimiento que le obligaron á tomar la pluma."

Y ¿cuál era la actitud del sacerdote filósofo mientras sus ému-

(\*) *Vindicacion de los principios políticos del presbítero D. Jaime Balmes, por Pascual García Cabellos*. Madrid, 1849, imprenta de D. S. Omaña, calle de Cervantes, número 34.

los y sus amigos batallaban en el campo de la crítica? Balmes seguía imperturbable el curso de las polémicas. "Replique V, le decian.—No quiero, contestaba. Es mas fácil criticar y calumniar, que responder á las críticas y á las calumnias. Debería escribir, no un folleto, sino una obra, para lo cual no tengo tiempo. Yo he deseado *catolizar* las reformas proyectadas por el vicario de Jesucristo en la tierra: he tratado de poner un correctivo á la opinion de muchos seculares y eclesiásticos que no juzgan al Pontífice como debe ser juzgado. Mi *Pio IX* no ha sido comprendido."

El dia 18 de Diciembre de 1847 escribia á su amigo Ristol la presente carta.

"Mi querido Antonio: Te remito un ejemplar de mi *Pio IX*. Para publicarlo he tenido muy poderosas razones, que no me es dado explicarte ahora. Contéstame si lo has recibido; léelo sin preveniciones de amistad, y con tu natural franqueza dime tu parecer, no tanto en la parte literaria, sino sobre la naturaleza del asunto y el modo de tratarlo. Dime tambien con la mism lealtad qué juicio se ha formado en esa (*Barcelona*) de mi opúsculo. De muchas cosas tenemos que hablar cuando nos veamos, lo cual espero en en Dios será pronto. Entonces renovaremos aquellos ratos en los cuales tanto gozábamos los dos, dando expansion á los sentimientos de nuestra eterna amistad. Cada vez que los recuerdo siento una emocion difícil de explicar. *Siguen tres párrafos relativos á asuntos particulares y concluye la carta*: Desea pronto verte y abrazarte tu fiel amigo.—*Jaime Balmes*, presbítero."

Ristol contestó aplazando las conversaciones sobre el *Pio IX* para cuando ambos amigos se viesen.

"Entonces (dicen sus apuntes) le manifesté francamente que en la parte literaria nada deja que desear el *Pio IX*, pero en la política no sucede así. Si yo hubiera estado en Madrid, de seguro que no se publica, porque hubiese cogido el manuscrito y me lo hubiera llevado á mi casa. Al oír esto se sonrió Balmes y me dijo: ¿Conque tú tambien crees que la publicacion de mi *Pio IX* es cuestion de oportunidad? Un deber de conciencia me obligó á escribir aquel folleto. Si me he equivocado, ha sido de buena fé. Estoy tan convencido de que obré bien, que si hubiese de escribirlo otra vez, ni quitaria ni añadiria una sola palabra. Mi *Pio IX* no ha sido comprendido." Esto mismo repitió sustancialmente á sus amigos de Vich (\*).

(\*) El *Pio IX* se tradujo del idioma castellano al francés. La portada dice así: "Pio IX Pontife souverain, par Mr. Balmes, pretre espagnol, auteur du Catholicisme comparé au Protestantisme, de la Philosophie fondamentale, et de plusieurs autres ouvrages religieux et politiques. Paris, chez J. Lecoffre et C., libraires, rue du Vieux-Colombier, 29.—1848."

“En el folleto *Pío IX* (Soler, página 7), que tanto ha dado que hablar y escribir, tan diversamente juzgado sobre su contenido y la persona de su autor, se observa la misma lógica que siempre, y respira el Dr. Balmes el mismo espíritu que en todas sus demás publicaciones. Fueron muy elevadas sus miras al publicar dicho folleto, y sé positivamente que aseguraba no solo haberlo pensado mucho antes de verificarlo, sino que mil veces le reproduciría del mismo modo si mil veces lo meditará. Presumo con mucho fundamento, y casi con certitud, que el difunto consideraría alarmado al mundo católico, y particularmente al clero español, con las innovaciones políticas hechas por el Santo Padre en sus Estados; y queriendo prevenir no solo cualquiera protesta verbal ó de hecho, individual ó de cuerpo, sino también hasta la mas mínima desconfianza ó aversion de los miembros con respecto á la cabeza, y en cualesquiera materias; sabiendo lo interesante y necesario de la unidad mas completa que en todos exige la fatalidad de las circunstancias presentes, no pudo resistir á la publicacion de dicho folleto, que sustancialmente, y despues de un merecido elogio del Santo Padre como á persona pública y particular, es realmente una exhortacion y un aviso saludable dado á todos los católicos, para que nadie se aparte en lo mas mínimo de la cabeza comun que nos ha de salvar bajo todos conceptos. Vibraban con demasiada violencia en la consideracion del autor del *Protestantismo* la tempestad y rayos levantados en Europa por los protestantes bajo infundados pero especiosos pretextos; y el solo nombre de *protesta*, fuese de la clase que fuese, alarmó muy justamente al celoso varon, que en solo la unidad católica veia la salvacion de la Europa y del mundo. Este fué el verdadero secreto de la publicacion del folleto *Pío IX*, que ojalá se hubiese bien comprendido antes de formar un definitivo concepto de las miras del autor sobre dicho punto: y si bien pudo equivocarse en este particular, segun han pretendido algunos y es todavía cuestionable, no obstante, es lo cierto que sus miras fueron rectas, su conviccion profunda; no creyó apartarse de sus anteriores principios exhortando á todos los católicos á no disentir en lo mas mínimo del pensamiento del Padre comun: que á veces una cuestion puramente política se envenena al salir de estos límites, y toma otro carácter mas grave y de mayores consecuencias.”

Un dignísimo prelado español, tan venerable por su sabiduria como por sus virtudes, consigna en la carta que ha tenido la bondad de dirigirnos, estas palabras: “Tuve muchas conversaciones con el Dr. Balmes, y hablamos de la materia de su último trabajo

(el *Pío IX*), que no dudo fué ocasion y causa para que acaso se resintiese su sensibilidad, viéndose atacado bruscamente por muchos á quienes pareció llegada la hora oportuna de impugnar al sábio, que en toda discusion y género de literatura habian tenido que mirar con respeto por su rara superioridad en tratar y escribir de todo, y todo siempre de un modo singular. ¡Miseria humana! Creyeron lograr un triunfo con rebajar el mérito del que, aun dado caso del deslíz, debiera mirarse por encubrirlo antes que gloriarse de su caída. Me añadió entre otras palabras muy sentidas: Se me hacia ya un cargo de conciencia el ver tratado tan lastimosamente á S. S., y por eclesiásticos, sin que nadie saliese á su defensa.” “Yo no pienso defenderme (decia Balmes en la carta que cita el número 2897 del *Católico*); cuento con el tiempo y el buen juicio del público. Además, tengo un consuelo, que es el testimonio de mi conciencia.”

¿Qué puede añadir el biógrafo á unos datos tan precisos, concluyentes y acordes entre sí? Resulta de todos ellos que Balmes respondió al grito de su conciencia; que no se dejó llevar por sugerencias de mal género ni por sentimientos de ambicion ó de isonja; que lejos de arrepentirse de su obra, la *reproduciría mil veces del mismo modo*. Tan profunda era la conviccion, tan íntima su fé en las doctrinas del opúsculo. Presentamos todos los antecedentes y detalles de este malaventurado periodo, con el fin de que los parciales y los émulos del escritor, y hasta las personas indiferentes, puedan ilustrar su juicio y absolver ó condenar, ora al acusado, ora á sus acusadores. Fáciles nos serian los comentarios en distintos sentidos; pero el temor de que se nos llame fiscales ó defensores detiene nuestra pluma. Diremos, sin embargo, que cuando Balmes no refutó á los impugnadores porque *contaba con el tiempo*, quiso tal vez apelar del fallo de sus coetáneos para ante el tribunal de la severa posteridad.

Parearon las críticas impresas con las calumnias verbales, con los anónimos y las demostraciones insolentes que lastimaban la honra del sacerdote y afligian el corazon del sábio. Balmes dejó de existir pocos meses despues. No sostendremos que estas amarguras, estas graves pesadumbres concentradas en el fondo de su alma, le ocasionasen la muerte; pero que la aceleraron, sí. Las penas ocultas desgarran nuestras entrañas, y la primera enfermedad es la mas sensible. Acostumbrado á caminar siempre entre flores y laureles, confirmó Balmes la certeza del dicho de Israeli: “El que marcha sobre rosas suele ser punzado por las espinas;” y el de Pitágoras: “La sombra del laurel embriaga ó adormece.” El

adormecimiento de nuestro sábio fué precursor de su eterno sueño. "Echenme en cara mis émulos (decía en Barcelona á Ristol con el tono de la mas profunda aficcion), echenme en cara ese deslizo que yo no reconozco; llámenme visionario los que no comprenden mi *Pío IX*; mótenme cuanto quieran; pero apellidarme *Lamenais* español... ¡Oh!... este es un dardo que los que lo lanzan no saben á dónde va á parar. Yo, que estoy mas firme cada dia en mi fé; yo, que á nadie cedo en pureza de doctrinas; yo, que me hallo pronto á sellar con mi sangre los principios de la religion católica, apostólica, romana, que profeso, y que defiendo en todas mis obras con tanta conviccion y tanta entereza... ¡yo *Lamenais*? ¡Gran Dios! perdonad á los que esto propalan; perdonad á los que dicen lo que no creen, como perdonaste á los que no sabian lo que hacian. Añaden que mi *Pío IX* es un memorial para obtener la púrpura cardenalicia. ¡Como si me faltaran proporciones decorosas para ascender rápidamente en la carrera eclesiástica! ¡Como si yo estimase tan poco mi independencia para sacrificarla á los 37 años de edad! ¡Como si yo fuese capaz de echar un borron sobre mi nombre y mi fama, convirtiéndome en miserable adulador, para alcanzar lo que con poco esfuerzo ó tal vez sin ninguno se me vendría á la mano! Hay momentos, querido Ristol, en los cuales estoy como adormecido y pierdo la aficcion á escribir. Solo mi conciencia me alienta, y encuentro un grande alivio en conversar contigo." Estas sentidas palabras revelan el combate interior de Balmes y la vehemencia de sus pesares.

No bastaron las críticas, los anónimos y las calumnias para abatir completamente el ánimo del escritor. Se necesitaba otra prueba mas, la de los desengaños; otro tormento, el de la agena ingratitud. Era preciso hincar la espada hasta la empuñadura. El hombre á quien sumisos tributaba parias muchos que hoy llevan sus rencores mas allá del sepulcro, era ya objeto de amargos menosprecios y de irreverentes demostraciones. Unos le negaban la salutacion y volvian la cabeza con desdén al pasar por su lado; otros retrocedian viéndole venir de frente; estos murmuraban palabras mal sonantes, que ofendian los oidos del sacerdote y rebajaban la dignidad del publicista; aquellos se creian con derecho para olvidar los beneficios, y disculpar su ingratitud bajo el pretexto de no querer relaciones con el autor del *Pío IX*; algunos esquivaban el trato y la compañía del sábio que poco antes era su oráculo, y de quien hubieran tenido á grande honra el ser amanuenses; no faltó quien llevase la insensatez ó la crueldad hasta el punto de hacer alarde (en nuestra presencia ha sucedido) de esas manifestaciones

repugnantes é indignas de personas bien nacidas. Para resistir á tantas pruebas, para mirar con indiferencia tantas ofensas al amor propio del hombre y del escritor, se necesitaba tener, no un corazón grande como el de Balmes, sino un corazón (pernitásenos la frase) invulnerable como el de Aquiles.

La patria, no siempre agradecida y justa con sus esclarecidos hijos, quiso vengar á nuestro sábio del olvido á que le condenara, y ofrecerle un lenitivo en medio de tanto dolor. Ella coronó las sienes del atleta y proclamó su nombre, mandándolo inscribir en las paredes de varios templos literarios, y franqueando generosamente las puertas de la Real Academia española, para sofíalarle un puesto al lado de los ilustres varones que allí se sientan. Pero murió sin haber podido entrar en el gremio de esa corporacion insigne, que segun Cienfuegos "será el modelo de los sábios, el ornamento de España, y la envidia de las naciones extranjeras." Hoy es sucesor académico de Balmes (20) el distinguido literato D. José Joaquín de Mora.

Los honores que al gran filósofo dispensaba la patria, no mitigaron sus intensas pesadumbres. Marchitáronse los laureles antes de ceñir las sienes del académico; nuevo Taso, debía morir la víspera de ser coronado en el Capitolio. Una enfermedad grave atacó á nuestro sacerdote; convalece y huye de Madrid para encaminarse á Barcelona, cerca de su querida familia y de sus íntimos amigos. El clima, el sol de Cataluña (como decia), los consuelos de tantas personas interesadas en la conservacion de aquella preciosa vida, contribuyeron á prorogar la temida catástrofe, y el escritor pudo seguir sus interrumpidas tareas. Dedicaba dos horas por la mañana al estudio de las lenguas griega y hebrea, tomaba notas para el discurso de recibimiento en la Real Academia española, "y alternaba estas ocupaciones (dice Ristol) con la lectura de los clásicos latinos, para adquirir cierto estilo distinto del que generalmente se usa en las obras que sirven de texto para la enseñanza. Al día siguiente de su llegada me manifestó queria traducir en latin su *Filosofía fundamental*, y verla impresa antes que se abriese el curso de 1843. Trabajaba trece ó catorce horas diarias, y el amanuense tuvo que decirle alguna vez: disimule V., Dr. Balmes; no puedo seguirle la palabra si no dicta con menos precipitacion. El estudio prévio que habia hecho de aquellos autores en tan poco tiempo, y el trabajo pesado y material de traducir sin tener ninguna clase de distraccion, contribuyeron, en mi concepto, á acelerar su muerte. Cuando solo faltaban dos ó tres dias para concluir la traduccion, de repente se sintió sin fuerzas y soltó la plu-



ma. Puede decirse que la naturaleza de Balmes, flaca y debilitada ya por tantos años de estudio y meditacion, cayó de repente á la manera que se desploma un edificio carcomido por el tiempo. Vióse atormentado por la inapetencia y por la tos, y arrojaba algunos esputos sanguinolentos que nos daban gran cuidado."

"El día 14 de Mayo (añade una *relacion* que tenemos á la vista), hallábase sentado con su hermano en un sofá de la habitacion que ocupaba, calle del Gobernador, número 5, y mientras conversaban se apoderó del Dr. Balmes un temblor muy fuerte. Entonces dijo á su hermano: Salgamos á dar una vuelta. Salieron en efecto, y se mejoró algun tanto. Pero desde aquel día en adelante todas las noches tenia convulsiones y escalofríos, y las manos se quedaban sin color, como muertas."

En la carta que el dignísimo obispo de Gerona D. Florencio Llorente ha tenido la bondad de dirigimos, se lee este párrafo: "Creo que el corazon del Dr. Balmes estaba afectado, y esto ocasionó el desarrollarse el gérmen de su mal, á que estaba predispuesto. Me avisó desde Barcelona que por consejo de los médicos iba á su pais natal; que se hallaba con alguna indisposicion, pero que ésta no era grave, á juicio suyo. Prohibiéronle los facultativos que estudiase, si bien sobre esto no habia que temer, pues que no tenia ganas para ello. No me pareció bien este disgusto suyo hácia los trabajos literarios. Le escribí, y le ofrecí mi palacio si gustaba venir. Ya era tarde. Estaba señalado muy cercano el término de la vida del sábio y virtuoso Balmes, honra del clero español y de su patria."

El astro que apareciera ocho años ha para iluminar al mundo intelectual, caminaba rápidamente á su ocaso. Divisaron esta perspectiva funesta los parientes, los amigos de Balmes, y el ilustrado profesor de medicina D. Joaquin Cil. "Solo el enfermo, esperando en Dios y en su juventud (dice Ristol), se mostraba sereno en medio de tantos padecimientos. ¿Cómo estás, Jaime? le preguntaba. Bien. Tengo escalofríos, inapetencia, debilidad, pocas ganas de escribir; pero me aconsejan que marche á mi tierra, como yo lo deseo tambien, y los aires natales me restituirán la salud. Despues pienso ir á Italia y á Inglaterra. Ojalá que pudieras acompañarme. Deseo conocer al Papa, á Montemolin y á Cabrera. Porque arrojo algunos esputos sanguinolentos y tengo tos, creen muchas gentes que estoy tísico. No me duele el pecho, sino el estómago: la sangre de los esputos no proviene del pulmon, sino de la cabeza." ¿Cuán naturales eran estas ilusiones, y cuán cierto es que la esperanza, "adormidera de nuestras penas, sueño del hombre

despierto," segun Aristóteles, acompaña á todos los mortales hasta las puertas del sepulcro!

El Dr. Cil, médico de cabecera del doliente, le aconsejó que marchase á Vich. Ristol no pudo ir en su compañía, "porque algunas causas criminales, graves y urgentes, que debia despachar como promotor fiscal, le privaron de esta satisfaccion, y posteriormente de dar el último *adios* á un amigo tan querido." El día 27 de Mayo entraba el enfermo en la ciudad que le vió nacer. Los detalles de sus padecimientos y de su muerte serán minuciosos, y hasta de triviales se calificarán quizá por algunos críticos. Mas si recuerdan las protestas y las manifestaciones que en la *introduccion* y en otros pasages de este libro consignamos, verán que no desmentimos nuestras promesas, y que subordinando las pretensiones literarias de un amor propio insensato al humilde deseo de aparecer siquiera como meros narradores ó compiladores, dejamos abierto el campo á otros biógrafos mas dignos, que ahora ó en venideros tiempos aspiren á cultivarlo.

"La persona de Balmes cuando llegó á Vich (dice el profesor de medicina D. Clemente Campá) presentaba estos caractéres: semblante desfigurado, abatimiento de fuerzas, ligera calentura con recargos por las tardes ó noches, mucha tos, esputos generalmente mucosos, y con estrías sanguinolentas algunas veces; opresion de pecho y dificultad al respirar; inapetencia suma é insomnio completo. En los diez ó doce primeros dias de su permanencia en esta ciudad pareció mejorar algun tanto, de manera que se disminuyó considerablemente la calentura, y hubo mañana en que pudo dudarse si la tenia; cobró un poco de apetito, dormia algunos ratos, y la tos habia disminuido mucho: paseó algunos dias en el jardin de la casa que habitaba, y tenia ya algun rato de jovialidad. Pero esta mejoría fué pasajera, y quizás debida en gran parte á la confianza y casi seguridad que abrigaba de verse restablecido á los ocho dias de respirar el aire de su pais natal. La esperanza que tenia, en vista del alivio que experimentó con la mudanza de aires, de que se retardaria el trágico fin que desde la primera visita juzgué inevitable en su enfermedad, se desvaneció completamente el 8 de Junio, en que se escasperó de nuevo la tos, aumentó la calentura, los recargos fueron mas fuertes, y acabó de perder el apetito."

En la plaza de D. Miguel hay una casa señalada con el número 101, que habita su dueño D. Mariano de Bojans, vástago de la opulenta y esclarecida familia, cuya prosapia es de las mas ilustres entre otras muy ilustres tambien que componen la antigua nobleza de Vich. En esta casa vive el presbítero D. Pedro Alier, y

es considerado como individuo de la familia de Bojons; tan entrañable afecto le profesan D. Mariano, Doña Gertrudis su madre, y los demás parientes. Balmes, íntimo amigo de Alier y de los Sres. Bojons, tenía siempre reservada una hermosa habitación en el piso segundo, y ahora pasó á ocuparla con gran complacencia de sus dueños. Ni los magníficos salones, ni las vastas galerías, ni el delicioso jardín y otras circunstancias ventajosas influyeron en el ánimo del paciente para preferir esta vivienda á la de su hermano D. Miguel. Balmes, sacerdote, y sacerdote ejemplar, no olvidó que en la casa de Bojons hay un oratorio. “Yo no puedo ir á la iglesia siempre que quiero: deseo celebrar el santo sacrificio de la misa mientras tenga fuerzas para ello; en casa de los Sres. Bojons podré hacerlo sin necesidad de salir á la calle, lo cual no sucederá si me voy á vivir con mi hermano. Estaré también mas tranquilo, vendrán menos visitas. Yo no me encuentro en disposición de recibir gentes.” He aquí los motivos que le obligaron á hospedarse en la casa de Bojons.

Una escalera interior sirve de comunicacion entre el piso principal y el segundo, que ocupaba el enfermo. En su cuarto, que está al lado izquierdo de una espaciosa antesala con vistas al jardín y á la campiña por la parte meridional, hay doce sillas, una papelería, y una mesa de las llamadas *de despacho*: todos estos muebles son de nogal. Adornan las paredes ocho cuadros, á saber: Santa Pilomena, el Salvador, la Sagrada Familia, San Pedro, la Concepcion, el Niño Jesus, la Virgen de la Soledad, la Santa Faz. A la derecha de la puerta de entrada, está el balcon (\*) donde solía asomarse Balmes para estender su vista de águila y contemplar el vasto horizonte que allí se descubre. “Oh Dios Omnipotente! esclamaba; al ver estas maravillas ¿quién no se asombra? Venid, ateos, asomaos á este balcon y seréis creyentes.”

Enfrente del balcon, que ofrece en primer término al espectador la mansa corriente del Medet, y la estendida campiña de Vich prolongándose hasta las inmensurables alturas del Monseny y del Tagamanent, está la alcoba; esa alcoba, digna de ser visitada con mas razon que la tan célebre de Jansenio. Nos faltan palabras para esplicar la emociion que sentimos al pisar aquella estancia, y reconocer tantos objetos, tantas memorias del insigne filósofo. “Aquí se sentaba (nos decian nuestros benévolos compañeros), aquí escribía, ante esa imagen oraba.... ¿Ve V. esa cama? nos

(\*) El día 9 de Agosto del mismo año 1846 tuvimos la honra de visitar estas habitaciones acompañados de los Sres. Bojons, Soler, Alier, Puigdollers, y de nuestro estimado amigo D. Joaquín Isaias Martínez. El Sr. Alier nos dijo que esta era la primera vez que se abrió el cuarto de Balmes despues de su muerte.

preguntó enternecido el presbítero Alier; pues ahí murió nuestro amigo. ¿Ve V. ese Crucifijo? pues lo tuvo en sus yertas manos. ¿Ve V. ese cuadro de la Virgen? pues á ella se encomendaba en sus últimos momentos. ¿Ve V. ese reloj? pues en él solía fijar sus postreras miradas.”

Hay en la alcoba cuatro sillas, un sofá, una mesa de *noche*, un reloj de los llamados vulgarmente *de pared*, un cuadro de la Virgen de la Soledad y otro de Jesucristo crucificado. A la izquierda de la cama, colocada en el centro de la alcoba, se ve una puerta que sirve de entrada al aposento donde está la librería. Vimos en uno de sus estantes la “Vida militar y política de Cabrera.” habiéndonos manifestado el Sr. Alier y despues D. Miguel Balmes que el enfermo la leía y hablaba de ella con frecuencia. Consignamos esto como una noticia histórica, y como dato confirmatorio de que Balmes deseaba conocer á Cabrera, segun dijo á Ristol y á nosotros varias veces. Una mesa con recado de escribir, dos sillas y un Crucifijo, vimos tambien en este aposento. Allí solía retirarse nuestro sábio para encomendarse á Dios cuando la enfermedad no le permitía descender al oratorio, situado en el piso principal.

Ya se ha visto que durante los primeros dias de su llegada á Vich, recobró el apetito y el sueño, tuvo ratos de jovialidad, y concibió esperanzas de recobrar la salud. Pero su afición á leer y escribir era invencible. Sirviéndole algunas veces de pretexto la necesidad de distraerse, y aprovechando otras la ocasion de estar solo, es lo cierto que leyendo y escribiendo pasaba algunas horas, contra los consejos de sus parientes y amigos y las prescripciones de los facultativos. Así continuó hasta el día 8 de Junio, si nuestro precursor de una inmediata catástrofe. “Tomó entonces la enfermedad (prosigue el doctor Campá) un carácter mas agudo, añadiéndose á los anteriores síntomas la diarrea, que si bien se cohibia con los remedios oportunos, volvía á aparecer. Los sudores se aumentaron, adquiriendo una índole colicativa. Aunque se levantaba de la cama algunos ratos, era solo para echarse sobre un sofá; y el día 26 de Junio no le fué ya posible salir de la cama por su extrema debilidad y por la propension á desmayarse.”

Balmes, que había estudiado esa ciencia falaz llamada medicina, conoció bien pronto la gravedad de sus dolencias. Hasta el día 26 de Junio las palabras del enfermo indicaban una vaga esperanza de recobrar la salud. Pero este último deseo de todos los dolientes ya no podia tener cabida en el ánimo del filósofo cristiano, que observando los progresos del mal, debió someterse á la voluntad de

Dios, y esperar la muerte como término de una vida perecedera y principio de otra perdurable. Balmes se preparó á morir tan bien como habia vivido. Su primer cuidado fué arreglar los negocios temporales, para concentrar despues todo su espíritu en los eternos. El dia 26 de Junio otorgó la disposicion testamentaria, que traducida del catalán al castellano dice así:

“En nombre de Dios, amen. Yo, D. Jaime Balmes, presbítero, natural y actualmente residente en la ciudad de Vich, hijo legítimo de Jaime Balmes y de Teresa Urpiá, consortes, difuntos, detenido en cama por indisposicion corporal, estando, empero, por la gracia de Dios, en mi completo juicio y firme palabra, queriendo disponer de mis bienes, hago y ordeno mi testamento y última y postrera voluntad.

“Nombro albaceas, y del presente mi último testamento ejecutores, á Miguel Balmes, comerciante, carísimo hermano mio, y al reverendo Pedro Alier, presbítero y beneficiado de la catedral de Vich, á los que doy pleno poder de cumplir y ejecutar mi presente disposicion testamentaria, conforme encontrarán por mi ordenado y dispuesto.

“En primer lugar quiero y mando que sean pagadas todas mis deudas, y las injurias indemnizadas de mis bienes, segun legítimamente apareciere.

“Dejo á la disposicion de mis albaceas la clase de sepultura que se deba dar á mi cuerpo, queriendo que se celebren los oficios de entierro, novenas y aniversarios.

“*Item:* quiero y mando que despues de mi muerte sean celebradas, por salud y reposo de mi alma, de la de mis padres y demas de mi obligacion, seiscientas misas de limosna ordinaria.

“*Item:* lego á S. M. doce reales vellon, conforme se previene en la cédula real, y lego á mi superior eclesiástico aquella cantidad que necesario fuere para la validez de este mi último testamento.

“*Item:* lego y dejo á Magdalena Boada y Balmes, mi carísima hermana, trescientas libras catalanas (\*), las que no deberá pagar mi heredero que abajo nombraré, hasta que sean trascurridos seis años despues de mi muerte.

“*Item:* dejo y lego á todos los hijos é hijas comunes á Pedro Boada y á Magdalena Boada y Balmes, mi carísima hermana, doscientas libras, pagaderas de una sola vez, á cada uno de ellos cuando contraigan matrimonio carnal ó espiritual, y no de otra manera; á no ser que alguno de ellos se mantenga en estado de

(\*) 3.200 rs. vn.

celibato, pues en tal caso quiero se le entreguen las doscientas libras á la edad cumplida de veinte y cinco años.

“*Item:* quiero y es mi última voluntad que el heredero que abajo nombraré, dé cumplimiento á la disposicion de un legado que de viva voz le tengo comunicado, si las circunstancias y la posibilidad lo permiten; y al propio tiempo quiero que para juzgar de la posibilidad, tenga intervencion el reverendo presbítero Alier, mi albacea.

“De todos mis otros bienes muebles é inmuebles, habidos y por haber, voces, derechos, fuerzas y acciones mias universales que me pertenecen y pertenecerán en adelante en cualquiera parte del mundo, por cualesquiera causas ó razones, hago é instituyo heredero universal á Miguel Balmes y Urpiá, comerciante, mi carísimo hermano, queriendo que pueda disponer de todo á su libre voluntad.

“Esta es mi última disposicion, que quiero que valga y pueda valer por derecho de testamento, ó de aquella especie de última voluntad que en derecho podrá valer mas.

“Revoco con el presente cualquier otro testamento, codicilo y otras últimas voluntades mias hasta el dia presente hechos ó hechas, aunque en aquellos ó aquellas hubiere algunas palabras derogatorias, de las cuales en el presente se tuviera que hacer expresa mencion, y quiero que esta mi disposicion testamentaria prevalezca sobre todas las demas, la que despues de mi muerte quiero sea publicada, y de ella sean dadas tantas copias cuantas se pidieren.

“He hecho mi presente testamento en la ciudad de Vich, escrito de letra agena y firmado por mi mano, á los veinte y seis dia del mes de Junio del año mil ochocientos cuarenta y ocho.—*Jaime Balmes*, presbítero.”

Esta disposicion testamentaria, sujeta hoy al dominio de la critica y de la historia, no corresponde al privilegiado talento del jurisconsulto, ni es digna de figurar al lado de las sublimes concepciones del filósofo. Balmes debió morir intestado ó despedirse del mundo con un testamento *modelo*. No censuramos las fórmulas legales, porque son inevitables: no reprobamos el pensamiento de testar en lengua catalana, porque ademas de ser la natal del paciente, se acomoda á todo género de escrituras, y así nos transmitieron las suyas varios trovadores lemosinos, y un gran monarca y un ilustre poeta de Tortosa. Sentimos que ese documento, ya que no refleje al autor del *Protestantismo* y del *Pío IX* hasta en sus postrimerías, tampoco le distinga de un testador vulgar. Es ver-

dad que los hombres muy notables dejarían de serlo á juzgarlos por sus últimas disposiciones testamentarias, y que Balmes, fijando sus ojos en el cielo, pudo mirar con desdeñosa indiferencia los intereses mundanales, y desestimar las vanas inspiraciones del amor propio. No hizo un testamento célebre porque no quiso: tal es nuestra creencia. Pudo también ocasionar esta conducta el temor, el escrúpulo de que se atribuyese á orgulloso alarde la esmerada redacción de su postrera voluntad; y un sacerdote ejemplar no debía desmentir en aquellos momentos solemnes la severidad de los principios religiosos, tan profundamente arraigados en su corazón, y cumplidos en todas las vicisitudes y situaciones de la vida.

Desembarazado ya de los cuidados terrenales, prohibió que entrasen las mugeres en la alcoba, y se preparó á morir (Soler, página 22) "sin quejas ni desconsuelo, hablando poco, discurrendo mucho, y acatando profundamente los supremos designios." Pocas horas después de haber firmado el testamento con la pluma que conservamos en nuestro poder, y es para nosotros una joya de inestimable valía, pidió que se le administrase el santo Viático, "y lo recibió (\*) á las ocho de la mañana del 28 de Junio, con gran fortaleza de espíritu y con una devoción que dejó edificados á todos los circunstantes. El día 22 había también comulgado en celebridad de la fiesta del *Corpus*."

"La enfermedad progresaba lastimosamente (dice el Dr. Campá) y presentáronse fuertes convulsiones; los líquidos, que con dificultad deglutía, eran espelidos por cámaras á poco rato de haberlos tomado, y casi sin haber sufrido alteración; se suprimieron los esputos; su cuerpo llegó á un estado de marasmo." El día 7 de Julio á las seis de la mañana se le administró el sacramento de la Estrema-Uncion. Uno de los asistentes le dijo: "Dr. Balmes, no se asuste V.; esto no significa que haya V. de morir.—Tiene V. razon (contestó con una sonrisa dolorosamente espresiva); pero algun sentido tiene la palabra *Estrema* que precede á la de *Uncion*, y no en vano las ha unido nuestra Santa Madre la Iglesia. Saben VV. que estoy resignado á la voluntad de Dios. Tengo en este momento tan claras mis potencias, que si el confesor me mandase dictar á dos amanuenses á la vez ó disertar cualquiera materia, obedecería con muchísimo gusto. ¡Qué espectáculo tan grandioso se ofrece á mis ojos desde este lecho de muerte! Al contemplar

(\*) Tomamos todas las noticias relativas á los últimos momentos de Balmes, de las apuntaciones que nos facilitaron en Vich los Sres. D. Jaime Soler, D. Pedro Alier, D. José Puigdollers, D. Clemente Campá y D. Miguel Balmes.

ese inmenso horizonte, ¿es posible que haya ateos en el mundo? ¡Oh eternidad, oh eternidad!" Y recordó aquella célebre traducción del salmo 103:

Alaba, ó alma, á Dios. Señor, tu alteza  
¿Qué lengua hay que la cuente?  
Vestido estás de gloria y de belleza  
Y luz resplandeciente, etc.

"Vió muy pronto aquel claro entendimiento (Soler, página 22) que se acercaba su última hora, y con filosófica resignación aceptó sin murmurar lo que siempre cuesta aceptarse. Entre las expresiones notables que prueban esto y se le oyeron, fué la contestación dada, pocos momentos antes de aletargarse, á una respetable persona que le preguntó por su estado: *yo sigo bien gracias á Dios; hay en mí dos hombres, uno espiritual y otro carnal; del último cuidó bien poco*."

Difundiéronse rápidamente por todo el ámbito de la Europa intelectual las infaustas nuevas que anunciaban "la agonía y el próximo y solemne funeral del mas grande (*Heraldo*, número 1886) de los filósofos españoles: del destinado por la Providencia (*Postillon*, número 3172) para hacer brillar la luz de la religion en las calamitosas épocas que atravesamos, uniendo á la corona del sábio la radiante aureola del justo: del hombre (*Esperanza*, número 1661) que sano dió al mundo tantas lecciones de moral y rectitud política, y moribundo dejaba el mas alto ejemplo de fé y de conformidad cristiana." Todos los *diarios*, todas las *revistas* se apresuraban á insertar las comunicaciones relativas al insigne enfermo, cuya fama vivirá tanto como sus escritos, preciosos monumentos de la sabiduría del hombre que, en medio de un siglo superficial y depravado, supo elevarse sobre sus contemporáneos, y servirá también de perpetuo y ejemplar estímulo á las generaciones que han de pasar por el campo de la vida. El público tenía una noticia cotidiana y detallada de los progresos de la dolencia, y con anhelante curiosidad aguardaba su favorable ó adversa terminación. He aquí el privilegio reservado á los preclaros varones; he aquí la recompensa que el mundo, generalmente injusto, no niega en tales momentos á la sabiduría y á la virtud. Postrado en su lecho de muerte (¡deplorable coincidencia!) esperaba también resignado y tranquilo el ilustre Chateaubriand, el decano de la Academia francesa. Pero éste, después de haber seguido una larga y gloriosa carrera, hallaba en la sepultura el asilo de su ancianidad.

nidad; y Balmes, el individuo mas moderno de la Academia española, desaparecia en la fuerza de su juventud como rápida y brillante exhalacion. "Genios hermosos ambos (Soler, página 23), que subieron casi juntos al cielo á recibir su galardón por medio de aquella admirable cadena de oro pendiente de la mano del Señor, labrada con infinita sabiduría y con inefable amor."

La enfermedad se agravaba por instantes. Celebráronse varias juntas facultativas, y se apuraron todos los recursos de la ciencia de curar. Tres médicos distinguidos, D. Clemente Campá, D. José Font y D. José Casas rodeaban día y noche el lecho del paciente, y el Dr. Cíl marchó á Vich en posta para auxiliar á sus compañeros y dar á Balmes esta última prueba de amistad. Luchando entre la esperanza y el desconsuelo, agrupábanse sobresaltados los habitantes de aquella ciudad ilustre en torno de la morada del agonizante filósofo. Pocos hombres han recibido de sus compatriotas tan señaladas muestras de consideracion y de amor; pero tambien pocos hombres llegan como Balmes al término de su carrera con tantos títulos al respeto y á la gratitud de sus semejantes.

Aplicáronse al desahuciado enfermo todos los remedios (*Memorias* citadas) que su situacion esigia. Se trató de abrirle una fuente en el brazo; y habiendo dicho el cirujano que era casi imposible, porque no habia mas que piel y hueso, se le puso un cauterio. Los huesos de la cara sobresalian tanto, que parecia que la piel se iba á agujerear, y debajo de las mandíbulas se le notaban dos vacíos como surcos. A pesar de sus sufrimientos, ni se quejaba ni inquietaba, repitiendo sin cesar: *Domine, fiat voluntas tua*. A todos nos dió ejemplo de conformidad cristiana. La máxima de San Francisco de Sales: *sed hijo sumo de la Iglesia y del Papa* (dice el Sr. canónigo Soler), se le habia fijado tanto en la memoria, que altercando una vez con él poco antes de morir sobre cierta doctrina de San Ligorio en la cual no convenia conmigo, le contesté: No ponga V. duda, Dr. Balmes, porque yo he consultado á Roma. Basta, me repuso: habló Reina, *causa finita est*?

A las seis y media de la mañana del sábado 8 de Julio presentáronse todos los síntomas de una próxima agonía: vista estraviada, semblante lívido, desvanecimiento, convulsiones, frío en los estremidades. Oyósele repetir en su delirio: Yo quiero marchar á Roma y á Lóndres: que me preparen el equipage. A la eternidad marchará V. pronto, Sr. D. Jaime, díjole uno de los dos sacerdotes asistentes. La palabra *eternidad*, esa palabra tremenda que era la idea fija de Balmes, resonó en su imaginacion como el tañido de una campana funeral. "Reanimáronse las facciones del moribun-

do (*Memorias* citadas), recobró su razon, mitigáronse las convulsiones, brillaron sus ojos como dos luceros, y fijándolos en un Crucifijo, exclamó: *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum. Domine, fiat voluntas tua*."

"Los pasages mas notables de los últimos momentos de mi querido discípulo Dr. Balmes (prosigue el Sr. canónigo Soler), de que yo fui testigo, son dignos de tenerse presentes, porque acreditan su religiosidad y su fé, y pueden servir de enseñanza á los buenos católicos. Decíale yo: Dr. Jaime, acordaos de que *anima nihil tam fortius desiderat quam veritatem*. Dios es la verdad suprema: ¿y qué mayor felicidad para un cristiano que ver á Dios? Conoció que esta idea le estasiaba en santo fervor. Le repetia tambien aquella jaculatoria del salmo de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus*. Y el versículo: *Tuus sum ego: salvum me fac, quoniam justificationes tuas exquisivi*. Recordándole D. José Puigdollers las palabras de David: *Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee*, manifestaba una complacencia inesplicable. Le recordaba tambien el pasage de Heli: *Indicavit itaque ei Samuel universos sermones, et non abscondit ab eo, et ille respondit: hic est Heli, Dominus est: quod bonum est in oculis suis, faciat*. Preguntándole yo poco despues cómo se encontraba, me respondió: Bien, gracias á Dios, pero de la manera que poco antes quedamos sobre el *quod bonum est, &c.*"

Los presbíteros D. Pedro Alier, D. José Alier y D. José Puigdollers alternaban en la asistencia espiritual del enfermo. "No perdimos de vista á nuestro idolatrado amigo (dice el Sr. Puigdollers), y le preparábamos para una buena muerte. Como las exhortaciones y las jaculatorias eran entresacadas de los salmos, Balmes al oír la primera palabra las continuaba siempre que podia. Eran tan fuertes las convulsiones, que fué preciso encender y ponerle en la mano la vela bendita de la cofradia del Rosario. Tenia fijos los ojos en los cuadros de la Virgen de la Soledad y de Jesucristo Crucificado que estaban en la alcoba. A las doce y media de la noche alargó los brazos en ademan de querer tomar la imágen de Jesucristo, y moviendo los labios como si quisiera adorarla, lo cual observado por nosotros se la acercamos, diciéndole al mismo tiempo: *Credo, Domine, &c.*, y él proseguía hasta el *Doleo, Domine*. Estos ademanes los repitió varias veces, y á pesar de las convulsiones, solía quedar suspenso á la voz del sacerdote que le exhortaba. A las doce y media del día 9 con voz lánguida dijo en idioma ca-

talán: *Pere*. Preguntándole yo si quería ver á su confesor Mosen Pedro Alier, contestó que sí. Acercóse éste; pero nada pudo comprender, por mas que Balmes se esforzaba en hablar. Sobrevino el delirio, durante el cual pronunciaba muchas palabras italianas, y á las tres y cuarto de la tarde entregó plácidamente su alma al Criador.<sup>7</sup>

La casa mortuoria y la ciudad entera resonaron con las desconsoladoras voces *Balmes murió*. Un periódico de Barcelona anunciaba en estos términos la catástrofe: "El redactor de la *Sociedad*, el autor de las *Consideraciones* sobre los bienes del clero y sobre la situación de España; el que combatió el *escepticismo* religioso; el que comparó el *Protestantismo* con el *Catolicismo* en su influjo civilizador; el autor del *Criterio*; el que holló con planta firme é impávida la arena resbaladiza de la política en su *Pensamiento de la Nación*; el que con tanto acierto espuso los elementos de la filosofía, como antes había sentado sus fundamentos, ya no existe. Ha cerrado sus ojos por última vez, en la ciudad de Vich, en donde los abrió por la primera. ¡Qué inmenso círculo recorrió en el corto trecho desde su cuna al sepulcro! Aquella inteligencia sublime y creadora, cuya mirada de águila dominaba los espacios y los tiempos, ya no es. Aquel espíritu privilegiado, que con rapidez tan asombrosa se encumbró sobre los demas llamando la atención del mundo pensador, vuela ya por otra region inaccesible. La muerte no le aísla en la tumba como á un filósofo del siglo, sino que le enlaza con la eternidad como á un filósofo cristiano. La impresion del momento es la que espesamos por ahora al derramar sobre la reciente tumba del ilustre difunto una lágrima viva de dolor (\*)." "Balmes apareció, como Chateaubriand (*Heraldo*, número 1886), el último día de la revolucion de su pais, para pedirle cuenta de sus desmanes y reclamar los desatendidos derechos de las instituciones antiguas. Ambos se remontaron en alas de su genio á una altura tan elevada sobre las pasiones de los partidos, que todos tuvieron para ellos respeto y admiracion. Uno y otro dieron á su patria tanta gloria, que aunque combatieron las ideas y las preocupaciones universales, todos los buenos ciudadanos les tejieron coronas y los amaron con entusiasmo." "Tanto los amigos como los adversarios políticos de Balmes (*Postillon*, número

(\*) Para evitar que se nos llame ciegos ó ecasagerados admiradores de Balmes, copiamos literalmente los datos relativos al doloroso período objeto de la narracion presente, y siguiendo el ejemplo de un autor contemporáneo (Donoso Cortés, tom. 2, pág. 171 de sus *Escritos políticos*), "hemos sido tan severos con nosotros mismos, que no hemos querido amenizarla con alguna de aquellas flores que suele recoger aquí y allí el hombre de imaginacion y sentimiento en el campo de la imaginacion y la poesía."

3172), le hacen justicia, porque repitiendo sus propias palabras que consigna en una de las primeras producciones que dió á luz, jamas ha traspasado el linde prescrito por la ley, no ha ecasasperado los ánimos, no ha contribuido á que se vertiera una gota de sangre, ni á que se derramara una sola lágrima. La generacion presente ha pronunciado ya su fallo; la posteridad hará justicia al insigne filósofo, al esclarecido literato, al profundo político y sesudo diplomático catalán. Nosotros terminaremos este artículo con la simple espresion de Montesquien en su elogio histórico al mariscal duque de Berwik: *Ha visto de lejos en los libros de Plutarco lo que eran los grandes hombres; en él he visto de cerca lo que son.* ¡Gloria á tí, preclaro ingenio!" "Tu pluma (*Oracion fúnebre* de Balmes por D. Manuel Martínez, página 29) se ha consagrado al servicio de la santa causa de la verdad y de la virtud. Has bajado tranquilo al sepulcro, dejando en los espíritus y en los corazones un movimiento saludable. ¡Qué importa que hayas vivido poco! Astro de grande magnitud, aunque tu paso haya sido veloz, has tocado con la tierra, y la tierra se ha conmovido! ¡Nave cargada de ricos y macizos tesoros, en tu rápida marcha has oprimido la superficie de la mar y has dejado las olas agitadas! ¡Cómo habias de vivir mas, si tu vigoroso espíritu, agitado violentamente por el amor de la verdad, destruía tu débil organizacion! ¡Qué te restaba ya que hacer sobre la tierra, si habias terminado tu carrera, si estabas ya viendo que hay verdades que escapan al débil mortal, último paso de la razon del hombre, como dice Pascal!... Espíritu privilegiado, ya has llegado á esas regiones luminosas que eran tu esperanza como católico, y que presentias como filósofo." "Balmes, varon esclarecido (*Juicio crítico* de sus obras por D. Salvador Constanzo, tomo 2.º de la *Revista científica y literaria*, página 280), es uno de los mas celebres escritores y profundos filósofos de quienes puede con justicia vanagloriarse la España." "Aunque tenía un vivo presentimiento (Roca y Cornet, *Memoria* en honor de Balmes, páginas 3 y 32) de que desde la modesta y retirada Ausonia iba á descollar sobre nuestra patria un talento prematuro, no estaba en la esfera de mis alcances el presentir la altura considerable á que debian elevarse, á no tardar, la robustez gigantesca de su talento y la prematura popularidad de su gloria literaria. Rápida y brillante fué su carrera, universal y popularizada su fama: hundirse debia temprano en el ocaso de la muerte, trocándose en la noche del sepulcro el día de su porvenir; día cuya esplendidez no es fácil reducir á cálculo... Dios le llamó á sí por sus decretos insondables; y solo permite que le con-